

EDITORIAL

«Lo más admirable de lo fantástico es que lo fantástico no existe.»

A. Bretón

Hay quienes intentan argüir ante la implotión de importantes cambios tecnológicos en los medios de relación y comunicación humanos, que nos encontramos en el zaguán de un nuevo humanismo. Se optimiza desproporcionadamente y se nos intenta demostrar, como por ejemplo mister Gassmann, jefe de la División de Política de Información de la Informática y de las Comunicaciones de la OCDE, que el progreso de la microelectrónica facilitará el desarrollo de las técnicas productivas aumentando su capacidad, haciendo posible nuevas producciones y mejorando la economía mundial, lo que repercutirá en el número de empleados y en sus condicionamientos sociales. Es decir, que por el birlibirloque de la fusión del cerebro y la máquina, nuestros problemas más cotidianos van a tener solución, gracias a esa especie de espíritu santo a lo ZARK-7. Esta paloma tecnocrónica está dotada de tal cantidad de cualidades, según el señor Scala Estalella, presidente de los debates celebrados en el último SIMO, que «conseguirá sacarnos de nuestras torres de marfil».

Se afirma que más del ochenta por ciento de la información periódica la recibiremos por la radio y la televisión. Que el periódico hablado y visual será el gran dina-

mizador dentro de veinte años de la comunicación. La relación emisor-receptor, gracias a esas pantallitas que todos tendremos en casa, será directa y puntual. Bastará apretar un sutil botoncito para tener información «objetiva» en nuestro poder. Dada la celeridad de nuestro tiempo, los bancos de datos serán sí no gobernantes, sí importantes intermedarios en el tejido social. El periódico impreso quedará destinado tan sólo a las «minorías rectoras» y a los garbanzos negros que todas las familias tienen.

No ya el Correo del Zár o las heroicas «diligencias» van a quedar postergadas; servicios públicos como Correos y Telégrafos, por ejemplo, van a sucumbir ante este avance tecnológico. El inglés —según todas estas predicciones— será el lenguaje universal. Y de todos es sabido que el lenguaje también genera jerarquía social.

Este «nuevo humanismo» de Oriente y Occidente, del helado viento del Norte o el cálido viento del Sur, cuenta con apologistas del hedonismo individual y con sumos sacerdotes de la uniformización cultural. De entre ellos, el miembro de la Trilateral y presidente de la agencia EFE, el señor don Luis María Ansón, en la conferencia que pronunció el pasado 17 de noviembre con el título «Información, Informática y Cultura» afirmó que los cambios tecnológicos han de ser tratados desde el plano de la ética, ya que «es un excelente vehículo (la telemática) para que en él vaya la policía o que por él se escapen los ladrones». Es decir, un mayor control será la primera consecuencia de su implantación: Este es el «nuevo humanismo».

Todo este ascenso coincide en España con una cada vez mayor defensa de la desideologización desde los sectores autollamados «disidentes», aunque aún no sabemos ni de qué, ni de quién, ni por qué, ni para

qué o para quién dicen disentir. El corral de la cultura cada vez tiene más excrementos y menos gallinas. La mesocracia se está resguardando tras palabras altisonantes y pachangueras.

El progreso no es el demonio de los males ni el ángel de la felicidad, pero no cabe duda que su desarrollo y profundización es tarea de todos, y que oponerse a él sería el más estúpido de los desacatos. Sólo que cuando se nos intenta hacer tragar ruedas de molino sólo nos queda decir a ese falso humanismo que no nos gusta, y que «cuando terminen de hacer la faena no se olviden de tirar de la cadena».

LOS VIAJEROS DEL AMANECER FERNANDO SAVATER

En cierto lugar se definió el amor como la pretensión de dar algo que uno no tiene a alguien que no lo desea, para que la necesidad se cumpla. Esta descripción poco benévola, pero temo que exacta, corresponde también —y quizá aún mejor— a la pedagogía. Los adultos tenemos que hacer algo con los niños que van llegando, para impedir que se hagan solos o que jamás lleguen a hacerse; pero ¿a hacerse qué?: eso es lo que no sabemos o no nos atrevemos a saber. Ignoramos lo que hay que darles para compensar esa carencia informe que ellos no sienten y que en primer lugar es nuestro deber hacerles sentir. Darles órdenes se revela eficaz a corto plazo, pero a la larga termina por insinuarse la vergüenza de sí mismo que encubre toda coacción; darles instrucciones puede ser útil, pero no va más allá del adiestramiento superficial y les mantiene extranjeros a la entraña de lo que somos y queremos revelarles; darles respuestas es la forma más segura de matar la curiosidad aun antes de que se atreva a formularse, impidiendo que la radicalidad de su pregunta trastorne la coraza hipócrita de nuestras certezas; darles ejemplo es desolador, contradictorio, imposible, inevitable, traidor... Giramos en torno a los niños, en torno a los adolescentes, con la ausencia de todos los regalos que no